

ADRIANA SARA JASTRZEBSKA

Universidad de Bielsko-Biala

Dimensión mítica y ritual en las representaciones literarias del *narco*

ABSTRACT: Narco-fiction, very popular in the recent Mexican and Colombian literature, emphasizes one of the determinants of narco-culture: a deep rootedness in the primitive mentality and mythical thinking. Such roots translate into a particular religiosity, the cult of legendary *narcos*. The same mentality has driven the creation of a culture based on a ritual. The article analyzes examples of these phenomena, on the basis of selected texts of Colombian and Mexican narco-fiction writers with the aim of showing that mythical thinking remains relevant in the postmodern and post-political reality.

KEY WORDS: narco, Colombian fiction, drug trafficking, narco-culture, violence

¿Qué es el narco? En principio, el puto caos. [...] Un elemento anárquico, desequilibrante, destructor. Una Organización en contra de lo organizado. El desgobierno. Antes de fijar su propio orden, mina otro. Sus lecciones son las del nihilismo: el dominio de la violencia, la futilidad de la vida, la victoria de la muerte. Ésas y esta otra: la incoherencia. No hay justicia ni armonía en su imperio. Se muere porque sí, se mata por lo mismo. Las causas y las consecuencias no están trenzadas. Hay un balazo y después otro. Sólo eso: actos, acción sin argumento. Todo, incluso el poder, sobre todo el poder, es efímero: nada se consolida, nada permanece. Impera la irracionalidad, el vacío.

LEMUS, 2005: 40

Las polémicas palabras del crítico mexicano Rafael Lemus enfatizan el carácter (post)apocalíptico del mundo narco: una barbarie que no solo destruye el mundo que conocemos, sino que provoca la aparición de una nueva realidad, (des)organizada y (des)governada según reglas distintas. Efectivamente, el narcotráfico y la violencia que conlleva, constituyen un nuevo tipo de conflicto, una guerra postpolítica y postideológica. Desde los años 80 del siglo pasado,

el mundo narco ha ido generando su propia modalidad cultural, la denominada narcocultura, que es

un producto de la *modernidad* capitalista: capital, máquinas y consumo; el cumplimiento popular del sueño del mercado liberal: *consumirás y serás libre*. Pero es a su vez *premodernidad*: moral de compadrazgo, la ley de la lealtad al dueño de la tierra y lo religioso como inspiración ética: contracultura desde las lógicas de la identidad local que lucha contra el imperio del capital. Pero un asunto *postmoderno*: vivir el momento, consumir al máximo como modo de participar de la sociedad bienestar, gozar el presente sin reparar en nada: el mal está en otra parte llamada norte, los ricos, los políticos [...]. Sin perder lo arcaico se ingresa a la modernidad para significar posmoderno: todos los tiempos, todos los flujos, todas las felicidades del capital pero en moral de pasado y placeres de presente: ¡del futuro es mejor no esperar nada!

RINCÓN, 2013: 5—6

Al configurarse como un territorio simbólico en que confluyen —como en el *aleph* borgeano— el pasado, el presente y el futuro, la narcocultura ostenta su profundo arraigamiento en la mentalidad primitiva y el pensamiento mítico. Las representaciones literarias del narco que han surgido y siguen surgiendo en Colombia y México dan cuenta de dicho arraigamiento y, al mismo tiempo, echan mano de las estructuras del pensamiento mítico, creando una suerte de narcorrealismo mágico latinoamericano. El objetivo del presente artículo es indicar algunos de los fenómenos y estrategias que dotan las narconarrativas de dimensión mítica.

La que protege, ama y perdona: la religiosidad *narco*

Uno de los aspectos más conocidos y más asociados con el mundo narco es una religiosidad particular, caracterizada por el culto de la Virgen Auxiliadora (fruto del culto de la figura materna en general), un fetichismo protector casi mágico y una total desconexión de la religión practicada con la ética cristiana.

Dicha religiosidad es uno de los temas centrales de *La Virgen de los sicarios* (1994) de Fernando Vallejo, la novela fundamental de la convención narco en la narrativa colombiana. El título mismo remite a la figura de María Auxiliadora de Sabaneta —la que protege, ama y perdona. En uno de los primeros párrafos, el narrador menciona el culto del Sagrado Corazón de Cristo. A continuación, las referencias religiosas van, consecuentemente, constituyendo un correlato a la historia de Fernando, un viejo gramático que, de regreso en Colombia, recorre la ciudad de Medellín convertida ya en la capital mundial del crimen, acompañado

de su pareja, un joven sicario. Las iglesias se alternan con escenas de violencia, poniendo a descubierto su inconcebible parentesco, su unión indisoluble que se configura en el texto en cuestión como una seña de identidad de la nación colombiana. María Guadalupe Pacheco Gutiérrez interpreta las iglesias como símbolos del pasado, de la feligresía de antaño, de la belleza estética y espiritual, en la actualidad sometidos a profanación y sacrilegio. Según la autora, las iglesias “representan el recogimiento, la soledad, el lugar del rito para sentir con pesadumbre el vacío de Dios en medio de la catástrofe social...” (PACHECO GUTIÉRREZ, 2008: 73). No obstante, me inclino más bien a interpretar el discurso religioso y el de la violencia como discursos complementarios que ponen de manifiesto las paradojas espirituales de la cultura colombiana.

Las novelas sicarescas plantean también una interesante acepción del pecado en el mundo del crimen. Los jóvenes asesinos piden socorro a la Virgen, que les ayude a salir bien librados del homicidio y, al mismo tiempo, se confiesan avergonzados porque se acuestan con sus novias. En la industria de matar por encargo, el que comete pecado es el que manda matar. El sicario se percibe a sí mismo como intermediario o instrumento de derramar “sangre ajena” (ALAPE, 2000: 110), un empleado que cumple con su deber, haciendo un trabajo:

el padre vino a saber que el muchacho era de profesión sicario y que había matado a trece, pero que de éstos no se venía a confesar porque ¿por qué? Que se confesara de ellos el que los mandó matar. De ése era el pecado, no de él que simplemente estaba haciendo un trabajo, un ‘camello’. Ni siquiera les vio los ojos...

VALLEJO, 2002: 19

Sin percibir el crimen y la muerte en categorías morales, los sicarios sí que los piensan en categoría del destino. Dice uno de ellos, narrador-protagonista de *Sangre ajena* (2002) de Arturo Alape: “Estamos entrenados, no somos tan huevones para darle papaya a la muerte. Si le pasó a Luisito era porque le tocaba el turno. No porque el man ése lo quisiera matar, sino porque era su día y le tocó morirse” (ALAPE, 2002: 95).

Al percibir su trabajo como asunto del destino, ciego e irracional, los sicarios recurren a un fetichismo obsesivo, talismanes de buena suerte —sobre todo los tres escapularios emblemáticos: “uno en el cuello, otro en el antebrazo, otro en el tobillo y son: para que les den el negocio, para que no les falle la puntería y para que les paguen” (VALLEJO, 2002: 8). Practican también una suerte de magia: rito reforzado con el uso de palabra mágica. Encontramos ejemplos en la novela de Vallejo, como el siguiente:

Las balas rezadas se preparan así: Pónganse seis balas en una cacerola previamente calentada hasta el rojo vivo en parrilla eléctrica. Espolvoreense luego en agua bendita obtenida de la pila de una iglesia, o suministrada, ga-

rantizada, por la parroquia de San Judas Tadeo, barrio de Castilla, comuna noroccidental. El agua, bendita o no, se vaporiza por el calor violento, y mientras tanto va rezando el que las reza con la fe del carbonero: “Por la gracia de San Judas Tadeo (o el Señor Caído de Girardota o el padre Arcila o el santo de tu devoción) que estas balas de esta suerte consagradas den en el blanco sin fallar, y que no sufra el difunto. Amén”.

2002: 63

La narcoviolenza combinada con las prácticas religiosas al borde de la magia tienen el poder de impactar igualmente a los observadores. En *Rosario Tijeras* (1999) de Jorge Franco, Johnefe, el hermano de la protagonista, regala su escapulario a Antonio, el narrador de la novela y, cuando cae muerto poco tiempo después, el muchacho se siente culpable, porque la bala atravesó el cuerpo en el preciso punto que cubría el “Divino Boy” (FRANCO, 1999: 42).

El culto a la Virgen se ve interferido por el culto a la madre, que se superpone a él. La madre es la que —como María Auxiliadora— protege, ama y perdona, y cuyo bienestar se convierte en el motivo y el objetivo de la actividad criminal de sus hijos. Aparece explícito en *La Virgen de los sicarios*, pero, igualmente, es muy visible en otra narconovela, *Comandante Paraíso* (2002) de Gustavo Álvarez Gardeazábal. El protagonista, un niño pobre hecho un capo poderoso, ostenta un afecto sin par a su madre, doña Anacarsis y, ayudándola a ella, se vuelve benefactor del pueblo entero. La muerte de Anacarsis indica el fin simbólico de la época dorada del Comandante y del pueblo Alcañiz. La mujer es enterrada en un gigantesco “mausoleo de los ángeles trompeteros” (ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL, 2002: 336) y la ceremonia es todo un espectáculo.

Se pueden alegar incontables ejemplos de narcorreligiosidad particular; igualmente abundan ejemplos del culto de la “cucha” en el corpus de las narconovelas colombianas. Felipe OLIVER acierta al relacionar la religiosidad sicaresca con la actitud consumista:

Entre los sicarios, la religión se concibe como una planilla de benefactores transferibles y complementarios; hoy veneran al Divino Niño y mañana a San Judas Tadeo; y las medallitas, los tatuajes con leyendas religiosas, la marca en la frente, etcétera, se han degradado a simples objetos, marcas que el sicario acumula como las zapatillas deportivas y los calzones de diseñador.

2007: 44

Tal observación puede extrapolarse a otros representantes del mundo narco, los capos y los traquetos, para los cuales lo religioso es una oportunidad más de ostentar el dinero y gozar de buena vida, como sugiere el ejemplo de *Comandante Paraíso* y como se demostrará más adelante.

Narcoviolencia como rito

La religiosidad comercializada del narcomundo se combina con elementos del pensamiento mítico que llevan a interpretar la violencia en términos míticos (como destino, fatalidad, necesidad, fuerza autotélica) y convertirla en una suerte de rito. Este aspecto de la dimensión mítica de la narconovela es el más ostensible en el universo magicorrealista de *Leopardo al sol* (1993) de Laura Restrepo. La historia de muertes y venganzas entre dos familias tiene sus raíces en una mentalidad tribal que determina tal acitud y ritualiza el ciclo de la violencia:

Nando Barragán camina por el desierto una docena de días y de noches sin detenerse ni para dormir ni para comer, con el cadáver de Adriano Monsalve al hombro. En el horizonte, a su derecha, ve aparecer doce amaneceres teñidos de rojo sangre y a su izquierda ve caer doce atardeceres del mismo color. Es un vía crucis el que padece en el reino soberano de la nada [...]. El cadáver se conserva intacto durante la travesía.

RESTREPO, 1993: 16

En estas circunstancias y en un entorno que evoca territorios de mitos fundacionales, Nando encuentra a un “viejo profeta dueño de verdades y experto en fatalismos” (1993: 17) que le impone una serie de reglas y mandamientos con respecto al cumplimiento de la venganza.

Has desatado la guerra entre hermanos y esa guerra la heredarán tus hijos, y los hijos de tus hijos. [...] Entre nosotros la sangre se paga con sangre. Los Monsalve vengarán a su muerto, tú pagarás con tu vida, tus hermanos los Barraganes harán lo propio y la cadena no parará hasta el fin de los tiempos [...]. Hasta acá no llega juez, ni abogado, ni tribunal. [...] Nuestra única ley es la que escribe el viento en la arena y nuestra única justicia es la que se cobra por la propia mano. [...] —Barraganes y Monsalves no podrán seguir viviendo juntos [...]. Tendrán que abandonar la tierra donde nacieron y crecieron, donde están enterrados sus antepasados: serán expulsados del desierto. [...] Si matas a tu enemigo, deberás hacerlo con tu propia mano; nadie podrá hacerlo por ti. La pelea será de hombre a hombre, y no por encargo [...].

—¿Cuándo podré vengar a mis muertos? [...].

—Solamente en las zetas: a las nueve noches de su muerte, el día que se cumpla un mes, o en el aniversario. En las zetas tus enemigos te estarán esperando, y no los sorprenderás desprevenidos. Cuando el muerto sea de ellos actuarás de la misma manera, y en las zetas tú también te defenderás, y a los tuyos, porque ellos vendrán.

[...]

—Dime cómo debo enterrar a mis muertos.

—Con su mejor ropa, puesta por la mano de quien más los quiso. Los colocarás boca abajo en el cajón, y al sacarlos de tu casa, sus pies deben ir hacia adelante.

—¿Quién ganará esta guerra?

—La familia que extermine a todos los miembros varones de la otra.

1993: 17—18

Amén de claras connotaciones bíblicas, observamos en el extenso ejemplo no solo el profundo arraigo de la narcoviolenencia en una mentalidad premoderna, sino al mismo tiempo el concepto del pecado original y sus consecuencias, el crimen fundacional detonante y determinante de la violencia posterior.

Un “crimen fundacional” cumple un papel parecido en la historia de Rosario Tijeras. La niña, violada a los 8 años por un amante ocasional de su madre, se venga del hombre castrándolo con las tijeras; acto que no solo servirá como rito iniciático, sino que le construirá su identidad a la futura sicaria, dándole un “apellido”. Igualmente, el acto mismo de dar muerte se convierte en Rosario en una suerte de rito en que confluyen Eros y Thanatos: la sicaria pega tiros a quemarropa mientras besa a su víctima. El que el asesino de Rosario haya copiado aquel rito se puede interpretar como un simbólico cierre del círculo vicioso de la muerte y la venganza y, al mismo tiempo, constituye una prueba contundente de la persistencia de la violencia más allá de los individuos que la ejercen.

Todo triunfo y éxito individual en el mundo narco evoca otros aspectos de índole mitológica y, en particular —según el caso y el punto de vista—, el pacto fáustico (dinero rápido a cambio de una muerte prematura) o una actitud prometeica (un bien colectivo pagado con la muerte de un individuo). Ambos dotan la narconarrativa de una paradójica orientación utópica, a la que volveremos en la tercera parte del artículo.

La actitud fatalista frente a la violencia y el carácter thanático de la cultura colombiana y la narcocultura en particular convierten la muerte en un espectáculo, una celebración y un rito de pasaje. Las representaciones literarias del mundo narco enfatizan el aspecto lúdico de las celebraciones de la muerte, como si el goce de la vida transgrediera la frontera de la existencia humana. Rosario Tijeras relata el “paseo” tradicional de su hermano muerto: “Después de que lo mataron nos fuimos de rumba con él, lo llevamos a los sitios que más le gustaban, le pusimos su música, nos emborrachamos, nos embalmamos, hicimos todo lo que a él le gustaba” (FRANCO RAMOS, 2000: 94). En la novela *Comandante Paraíso* de ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL aparece una descripción detallada del entierro de un traqueteo que se estrelló en un avión transportando droga:

Ni el Cristo resucitado, que había salido el día anterior en procesión, alcanzó la magnitud del sepelio de Golondrino. Su hermano [...] contrató los catorce elefantes del Circo Gasca para que marcharan abriendo el cortejo re vestidos con los colorines de la más lujosa presentación. Detrás de ellos la

banda de Julio Tambora tocando aires marciales y entre la música y el féretro el grupo de niñas de la escuelita de Fenicia [...], llevando un pabellón con 27 cintas blancas, verdes y rojas, que bajaban chispeantes de un gran muñeco del Tío Sam con los ojos vendados, representando cada uno de los años de vida del sacrificado piloto.

La misa la cantaron los del polifónico de Cali. En el atrio, al pie de María Auxiliadora, estaban los mariachis de Popayán con sus 34 instrumentos y cuando llegaron con el cadáver a las puertas de los Olivos, El Charrito Negro, todo vestido de negro y oro entonaba el “Pero sigo siendo el rey”.

2002: 245

Celebrar la muerte como una fiesta, un espectáculo, revela un profundo convencimiento de que la muerte es continuación de la vida y se configura como un acto colectivo de autoafirmación del pueblo que se identifica con la actividad, actitud y el sistema de valores del narco.

“...lo narco al fin es pura religión”

“Sin religión y a quién encomendarse no hay narco-cultura”, constata Omar RINCÓN (2013: 14) al analizar el lugar de la religiosidad en el mundo narco. Efectivamente, el narcotráfico ha contribuido a crear un nuevo santoral popular. Los capos, los traquetos e incluso los sicarios no solo se convierten en modelo; en su entorno original suelen percibirse como benefactores, taumaturgos o santos. Como se ha mencionado antes, se exponen a riesgos para hacer prosperar a su familia, su pueblo y están dispuestos a pagarlo con la muerte: actitud prometeica en su estado puro. El culto a los narcohéroes es mucho más explícito en la narcocultura mexicana, pero en la colombiana también se notan tendencias beatificadoras; Pablo Escobar es el santo más venerado.

Cuenta la leyenda que en la casa de la mamá de Pablo Escobar hay un cuadro de él como un santo que extiende sus manos y de cada dedo le sale una obra que hizo en vida por los pobres: su reinención en formato religioso, iluminado y con obras [...]. Esta es la gran narrativa de todo narco: todo por triunfar y defender a los suyos.

RINCÓN, 2013: 14

La interpretación popular de capos en clave mesianista y religiosa repercute en las representaciones literarias. En la novela *Hijos de la nieve* (2000) de José Libardo PORRAS, Pablo Escobar se configura como un ser semidivino, omnipotente e invisible:

En el cielo de Medellín comienza a titilar la luz de Pablo Escobar: [...]. Pablo Escobar es un nombre correspondiente a un ser cuya generosidad y poderío a casi todos está vedado dilucidar. Pablo Escobar podría ser cualquier cosa. Es omnipotente. El acto más inconcebible podría atribuírsele. Como referidas a un hermano o a un amigo íntimo, se oyen afirmaciones así:

—Si Pablo quisiera, pondría de papa o de santo a López Trujillo.

—Pablo sería capaz de ganarle una guerra a los gringos.

—Si Pablo quisiera, él solo podría pagar la deuda externa de Colombia.

Pablo esto, Pablo lo otro.

2000: 55

Jorge FRANCO RAMOS, el autor de *Rosario Tijeras*, juega con el mito escobariano juntando en el imaginario popular al famoso capo con la sicaria protagonista de la novela:

Se podía ver en las paredes de los barrios: ‘Rosario Tijeras, mamacita’, ‘Capame a besos, Rosario T.’, ‘Rosario Tijeras, presidente, Pablo Escobar, vicepresidente’. [...] Su historia adquirió la misma proporción de realidad y ficción que la de sus jefes.

2000: 54

No cabe duda de que las narraciones mitificadoras indican al carácter paradójicamente utópico del narcotráfico. El ejemplo más adecuado que lo ilustra es la antes citada novela *Comandante Paraíso*, cuyo título mismo evoca una lucha armada por un mundo mejor. El protagonista, un capo, se propone crear el Ejército Nacional de los Traquetos que tendrá como objetivo

perseguir no solo a los empleados públicos que piden comisión por todo lo que compran o contratan. Vamos a buscar a todos estos que pagan el porcentaje para que les den contratos. Tienen que ser juzgados los unos y los otros porque son tan sinvergüenzas los que trabajan con el gobierno como los demás. [...]. Claro que ahora vendrán con el cuento de que somos terroristas porque todo pobre que intente hacerle la guerra al rico siempre será llamado terrorista y entonces voy a ser doblemente malo.

ÁLVAREZ GARDEAZABAL, 2002: 324

El Comandante percibe la narcoindustria como un proyecto político:

cuando ya los gringos estén desbaratados, carcomidos por la cocaína que les hemos vendido o vultos añicos por la heroína que se han chutado, cuando eso pase, gentes como yo vamos a ser más importantes que Bolívar. Vamos a ser los padres de la patria nueva, escríbalo... los padres de la patria nueva.

2002: 50

Con una fuerte dosis de ironía, este aspecto mitológico y utópico, aleja la narconovela del realismo enmarcándola en un particular juego de espejos entre una utopía proyectada y la distopía cotidiana de la narcoviolenca.

Conclusión

Lejos de agotar el complejo tema de la dimensión mítica y ritual de narconovelas, el artículo ha indicado los fenómenos y estrategias fundamentales que sirven para incorporar a las representaciones literarias del narcotráfico elementos de la mentalidad que lo genera, una mentalidad muy arraigada en el pensamiento mítico, en una realidad psicológica arcaica de religiosidad mágica, ritos protectores y justicia tribal. El choque entre el mundo actual con su parafernalia ultramoderna y dicha mentalidad premoderna, tribal, abre una nueva perspectiva de interpretar la llamada narcocultura como una serie de tensiones entre dos paradigmas culturales, dos percepciones distintas del mundo, aparentemente incapaces de entenderse, y muy expuestas a malinterpretaciones, pero, a fin de cuentas, confluyentes en una totalidad heterogénea en el universo del narco.

Bibliografía

- ALAPE Arturo, 2000: *Sangre ajena*. Bogotá: Seix Barral.
- ÁLVAREZ GARDEAZÁBAL Gustavo, 2002: *Comandante Paraiso*. Bogotá: Grijalbo.
- FRANCO RAMOS Jorge, 2000: *Rosario Tijeras*. Barcelona: Mondadori.
- LEMUS Rafael, 2005: “Balas de salva: notas sobre el narco y la narrativa mexicana”. *Letras libres*, nº 7 (81), 39—44.
- OLIVER Felipe, 2007: “Después de García Márquez: tres aproximaciones a la novela urbana colombiana”. *Revista de Humanidades: Tecnológico de Monterrey*, nº 23, 41—56.
- PACHECO GUTIÉRREZ María Guadalupe, 2008: *Representación estética de la hiperviolencia en “La virgen de los sicarios” de Fernando Vallejo y “Paseo nocturno” de Rubem Fonseca*. México: Miguel Angel Porrúa.
- PORRAS VALLEJO José Libardo, 2000: *Hijos de la nieve*. Bogotá: Planeta.
- RESTREPO Laura, 2001: *Leopardo al sol*. Barcelona: Anagrama.
- RINCÓN Omar, 2013: “Todos llevamos un narco adentro — un ensayo sobre la narco/cultura/ telenovela como modo de entrada a la modernidad”. *Matrizes*, Vol. 7, nº 2, 1—33. < <http://www.revistas.usp.br/matrizes/article/viewFile/69414/71991>>. Fecha de la última consulta: el 15 de febrero de 2014.
- VALLEJO Fernando, 2002: *La Virgen de los sicarios*, Bogotá: Alfaguara.

Síntesis curricular

Adriana Sara Jastrzębska es doctora en Humanidades (2007) por la Universidad Jaguelónica de Cracovia. Tesis de doctorado sobre la metanovela historiográfica. Desde 2008 profesora adjunta en la Cátedra de Filología Hispánica de Universidad de Bielsko-Biała (Polonia). Los artículos publicados versan sobre la narrativa actual hispanoamericana, novela negra, imágenes literarias de la violencia en América Latina, narrativa de las drogas y metanovela. Autora de un libro monográfico sobre la nueva novela histórica en la literatura hispanoamericana. En 2015 se publicará su libro monográfico sobre la convención y poética narco en la literatura colombiana.